

El hostigante verano de los dioses: las bananeras en la voz de cuatro mujeres del común

El hostigante verano de los dioses¹: the Banana Plantations in the Voice of Four Common Women

Juliana Javierre²

Recibido el 15 de noviembre de 2015

Aprobado el 23 de julio de 2016

RESUMEN

Este ensayo se propone abordar la novela *El hostigante verano de los dioses*, de la escritora barranquillera Fanny Buitrago, desde una perspectiva microhistórica. De esta forma, se reflexiona en torno a cómo se visibilizan aspectos del fenómeno de *las bananeras* que por lo general no tienen cabida dentro de la Historia oficial. Se llega a la conclusión de que el hecho de que sean mujeres quienes hagan uso del código escrito para narrar los acontecimientos de la Historia tiene doble significación. Por un lado, las cuatro mujeres (marginadas por su género) hacen uso del código de poder para dar voz a “los hombres del banano” (marginados por su clase social). Por otro lado, la imagen de la mujer —su carácter, su resistencia, sus reacciones— se convierte a la vez en una alegoría de la naturaleza. Así, por último, se muestra que tanto en uno como en otro aspecto la novela replantea la relación de cercanía o lejanía, rebelión o sumisión, con el poder.

Palabras clave: literatura caribeña, historia matria, fenómeno bananero, escritura y poder, microhistoria.

ABSTRACT

This essay is going to take a micro-history approach to the novel *El hostigante verano de los dioses*³, by the writer from Barranquilla, Colombia, Fanny Buitrago. This way, analyzing certain elements in order to reflect on the phenomenon of the *banana plantations*, which are not usually addressed in the official History of Colombia. The fact that they were able to have written records of their experiences in order to depict events in History has double meaning. On the one hand, the four women (marginalized by gender) use their writings to give voice to the “banana men” (marginalized because of their social class). On the other hand, the image of woman, her character, strength and reactions show a symbolism with nature. In conclusion, within those two aspects in the novel it leads you to rethink the relationship between the closeness or distance, rebellion or submission, to power.

Key words: Caribbean literature, Matria's history, Banana plantations phenomenon, Writing and power, Microhistory.

¹ The Tormenting Summer of the Gods

² Profesional en Estudios Literarios de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá y miembro del Grupo de Investigación GCaribe. jjavierre@javeriana.edu.co

³ The Tormenting Summer of the Gods

Como el Archivo, la novela atesora saber. Como el del Archivo, ese saber es del origen, es decir, del vínculo de su propia escritura con el poder que lo hace posible, por consiguiente, con la posibilidad misma de conocimiento.

(Mito y archivo. Roberto González Echevarría [1998])

El Hostigante verano de los dioses, la primera novela de la autora barranquillera Fanny Buitrago, podría ser una novela sobre cualquier cosa: sobre la mitología de los pueblos, sobre las relaciones familiares, sobre el vínculo cada vez más débil con el entorno y la forma en la que este, sin embargo, continúa siendo determinante en la vida de quienes lo habitan; sobre la mujer, el cuerpo, la libertad o el pensamiento; sobre la ciudad letrada frente a la ciudad real y sobre la ciudad como fenómeno en general en contraste con la vida del campo. Podría ser, y evidentemente es, todo eso. Sin embargo, una lectura diferente permitiría visibilizar las otras miradas de la historia que se dan en la obra, y del fenómeno de las Plantaciones específicamente, a través de la voz de sus narradoras.

Marina, la narradora principal de la novela, es una joven periodista de la capital que es enviada a una ciudad de nombre desconocido en busca del autor incógnito de un libro que ha causado gran impacto y que narra la vida de los habitantes de aquel lugar en el que nunca deja de ser una forastera. Lo primero que llama su atención al llegar es la forma en la que las personas se relacionan con su entorno. Se trata de una ciudad que fue durante algún tiempo —antes de que lo fuera el Urabá— lugar de abundantes Plantaciones, dividida por un río, de calles estrechas y “diminutas construcciones en serie, miserables, que rodean las fincas y donde habitan las familias obreras [en la que el barrio negro está separado por un] sendero polvoroso del resto de las edificaciones” (Buitrago, 1976, p.70)... y en donde hay seis iglesias, tres colegios y sesenta prostíbulos. Tanto el río, al que las personas “le achacan prosperidad, miseria, mitos; rodeándolo de un temor lascivo y supersticioso” (Buitrago, 1976, p.139) como las Plantaciones, fenómeno que, más que servir de

telón de fondo, sirve de foco narrativo, pues la vida toda de los personajes está determinada por él, se convierten en elementos identitarios que permean la vida de todos los habitantes: tanto de quienes buscando empleo llegaron desde diversas regiones, incluidos algunos extranjeros, como de quienes pertenecen a cada uno de los muy diversos grupos sociales diferenciados, más que por su pertenencia a determinada clase social, por su color de piel.

Las Plantaciones, como señala Antonio Benítez Rojo (1996), no solo son, desde su implantación como modelo civilizatorio durante la Colonia, el fenómeno de mayor importancia histórica que ha ocurrido en el Caribe sino que, además, como es posible ver en la obra, establecieron nuevas relaciones de poder en la sociedad, así como una forma *otra* de relacionarse con el entorno, de entender las religiones, de concebir la familia e, incluso, de percibir el tiempo. En este sentido, la llegada de las Plantaciones a la región Caribe significó el cambio de un tiempo lineal de acontecimientos únicos e irrepetibles, a un tiempo cíclico, repetitivo, en el que coexiste el mundo mitológico ancestral con el mundo del pensamiento científico-racional occidental.

Una coexistencia extraña, y de alguna forma contradictoria, porque mientras en aquel, por ejemplo, el río determina las leyes de la existencia luchando, incluso, contra los hombres “en la batalla infinita por poseer la tierra” (Buitrago, 1976, p. 171), en este el único conocimiento válido es el que puede demostrarse científicamente y que tiene su origen casi siempre en universidades y centros de poder. Es decir que se trata la convivencia del mundo hablado, cantado, mutable y transmitido de padres a hijos, y el mundo escrito impuesto.

En la novela, sin embargo, vemos esto desde perspectivas que antes nos eran ajenas, desde voces silenciadas por la Historia misma: son cuatro personajes femeninos quienes narran los hechos, quienes, por medio de la escritura, código de poder, se sublevan. *Ellas*, las excluidas por su género —que, como veremos, no lo son tanto— se encargarán de conservar por medio de sus narraciones

las historias de *ellos*, los excluidos, bien por su pertenencia a una clase social (los hombres del banano), bien por su color de piel (los miembros del barrio negro que no tienen piel, sino pellejo). De esta forma, nos es posible acceder a otras miradas de la Historia que nos cuentan la realidad, no de quienes por su pertenencia a un estrecho grupo social o por sus heroicos o consagrados actos tienen su nombre asegurado en los libros, sino para decirnos la vida de los que no se dicen, de los eternos vencidos.

Las mujeres toman la voz y se dan un papel también a sí mismas dentro de la Historia que, como señala Rosario Castellanos (2000) en *La mujer y su imagen*, ha estado siempre en voz de los hombres y sobre ellos ha puesto la mirada, haciendo de la mujer un mito acumulativo y monótono.

Y es que ninguna de las cuatro protagonistas se deja encerrar dentro del esquema tradicional de feminidad, según el cual la mujer es un ser sumiso, débil, cuya única función en la vida es procurar la satisfacción del hombre, asumir el rol de la maternidad, ocupar un puesto dentro de una sociedad que siempre le impondrá nuevas leyes, que permanentemente la estará juzgando. Aun cuando en los hechos siguen estando, muchas veces, sometidas física o espiritualmente bajo el dominio de los hombres, estas mujeres pueden pensar, razonar e, incluso, acceder al código de poder. Son mujeres como Dalia Arce, dueña de casi todas las tierras, ama y señora de las Plantaciones desde la muerte de su esposo, que pueden rebelarse, privilegiando la libertad sobre una maternidad que le fue impuesta y optando, voluntariamente, por el encierro, por el rechazo de la vida pública. Así, tiene dos hijos a los que nunca ve y lleva once años y algunos meses encerrada en su casa, manejando las Plantaciones por medio de mensajeros y respondiendo a las protestas cada vez más frecuentes de los trabajadores con absoluta indiferencia.

De esta forma, Dalia rompe el estereotipo tanto de la mujer-madre como de la mujer débil. Allí, en su casa, refugiada en el alcohol, toma las decisiones que determinan la vida de todos los

habitantes del pueblo, resistiendo a las presiones de la sociedad que intenta una y otra vez hacerla salir del negocio. Incluso cuando Fernando, su hijo, causa la ruina de la ciudad (pues inversionistas extranjeros se llevan a los hombres del banano prometiéndoles tierras y garantías laborales que no les dan), Dalia continúa resistiéndose a la sumisión. Lejos de rendirse o de decaer, decide montar un prostíbulo que resulta tan rentable que, cuando los trabajadores vuelven del golfo rogando por trabajo, ella se niega a retomar el negocio del banano. El caso de Dalia Arce resulta, pues, de fundamental relevancia en la relación metafórica que, de alguna forma, se construye en la novela entre la tierra y la mujer, entre la microhistoria y la voz femenina.

Se trata de la “explotación” que Benítez Rojo (1996) señala como fundamental a la hora de hablar de una identidad caribeña, no tanto de los esclavos como de la tierra: una tierra que simboliza la feminidad y la vida, y que es explotada por los hombres de la misma forma que lo es el cuerpo de la mujer en los prostíbulos. De allí que, al final, la rebelión sea tanto de las mujeres como de la naturaleza, iniciándose un periodo de decadencia en el que el río desbordado termina por arrasarlo todo.

Ahora, en la narración de *La Forastera* y de *Dalia* es posible hallar tres *grandes momentos* (que ofrecen una mirada diacrónica) dentro del fenómeno de las Plantaciones. Un primer momento, en el que estas pertenecieron a grandes terratenientes que explotaron arbitrariamente la tierra y que contrataron, sin ofrecer ningún tipo de garantías, a un número significativo de trabajadores: “los hombres del banano”, quienes fueron sometidos a extensas jornadas laborales y que no son los esclavos negros, pues ellos se encontraban en un estrato más bajo de la sociedad. Un segundo momento, durante el que sucede casi toda la novela, en el que los hombres del banano, inconformes, se encuentran en huelga y piden indemnizaciones y doble aumento de salarios, llenos de odio hasta el punto de dinamitar el río, sabiendo que causarían con esto una tragedia de proporciones

incalculables. Y, finalmente, un tercer y último momento, de decadencia, en el que los trabajadores, impulsados por un sinfín de promesas de nuevos inversionistas extranjeros, emprenden el éxodo hacia la región del Urabá antioqueño, para regresar un tiempo después, desilusionados, cuando las Plantaciones se han acabado, a buscar un trabajo que ya no encuentran.

Dalia no es, en absoluto, como las mujeres de su hijo (machista por excelencia) que están ahí solo para servir al hombre, para “acariciar y servir buen café” mientras son maltratadas y humilladas, mientras agradecen que les den golpes y les hagan hijos (Buitrago, 1976, p.121), sino que es un sujeto al que le es posible la acción y que cuenta, además, con las facultades para afectar los destinos de los otros. Ella, como las otras mujeres que toman la voz en la novela, nos ofrece una mirada *otra* de su momento histórico: un momento con el que cada una de las protagonistas se relaciona de manera diferente.

Sin embargo, lo que más llama la atención no es precisamente que las protagonistas sean mujeres sino que, como seres marginados histórica y socialmente, hayan optado por la libertad sin importar las consecuencias que esa decisión pudiera acarrearles. La libertad de sus cuerpos, como Abia; de sus pensamientos y sus ideas, como La Forastera; la libertad de actuar según las propias creencias o deseos, como Hade, y la libertad, finalmente, de negarse a desempeñar un rol impuesto culturalmente, como Dalia. Lo que llama la atención es que son individuos y no un modelo, un prototipo de feminidad.

En medio de esto, entre amoríos, venganzas, sueños que no llegan a ninguna parte, sucede la historia. Una narración que, aunque parece a veces concentrarse exclusivamente en la vida de los personajes, tiene siempre en el medio a *la Historia* (o a *las historias*, más bien) como protagonista. Así, por ejemplo, en medio de una de las muchas cartas que escribe Hade, una morena de piernas largas que se quema los brazos con cigarrillos y que no deja de lamentar la imposibilidad de estar con Esteban Lago, su verdadero amor, se

nos habla de la llegada de los primeros barcos extranjeros: “Dos barcos bananeros, extraños en el caño [dice Hade], entraban lentamente en el puerto. Y en las cercanías del muelle [continúa] colosos camiones enviados por el Gobierno acarreaban piedra; los obreros de espaldas desnudas reforzaban las paredes del dique” (Buitrago, 1976, p.230).

En su narración, Hade asume la mirada (que no está libre de extrañeza) de los hombres del banano y de los obreros: lee la (su) realidad desde una perspectiva que sobrepasa su individualidad, que la deja de lado, para hablar por todo un grupo social. Sin embargo, el hecho más relevante en este sentido es que la versión que ella nos ofrece de su momento histórico (y del fenómeno de las Plantaciones, particularmente) no es la misma que nos ofrecen los libros de Historia: su narración surge en los márgenes (no depende de un centro de poder) y se concentra más en los vencidos que en los vencedores. La libertad que le da la escritura hace posible que muchos acontecimientos en apariencia insignificantes cobren relevancia, ofreciendo una imagen que ya no es unidimensional de su presente.

No obstante, más que asumir el rol no de quienes “hacen” la Historia, Hade asume el de quienes la padecen. Su discurso (que no tendría según “la retórica masculina” ninguna validez) cobra en la novela el valor que merece: se establece como testimonio de lo no dicho y permite reconstruir, citando a González y González (1985), “la vida del [ser humano] común, de carne y hueso”, pero hacerlo en todas sus dimensiones...retratarlo en toda su humanidad.

Podría contrastarse la mirada íntima y activa de Hade con la de La Forastera, mucho más distante y con un extraño velo de objetividad que poco a poco se va haciendo más tenue. Aunque La Forastera asume un papel activo dentro de la historia, relacionándose con casi todos los personajes, no deja de narrar los hechos desde una voz distante (*desde afuera*), como si su mirada estuviera siempre filtrada por el prejuicio, por las diferentes construcciones culturales. Sin

embargo, el personaje evoluciona a tal punto que, al final, después de haber rechazado *ese río* al que las personas confiaban su existencia, terminará preguntándose “¿Cómo pueden existir urbes, con gentes flemáticas, calles limpiísimas, sin un río que ayude a forjar la vida y también la concluya...?” (Buitrago, 1976, p.74).

Y La Forastera se pregunta eso porque el río al que se refiere es uno que no solo riega los cultivos y hace posible el diario sustento, sino que también tiene la facultad de levantarse iracundo para arrasarlo todo. Por esto no resulta extraño que para los esclavos y trabajadores de la tierra, cuya relación con en ella nunca deja de ser fuerte, solo existan el río y las Plantaciones: allí surgió y allí terminará su existencia, y de su condescendencia, o de su falta de ella, depende su bienestar.

Este río, que también es cíclico, dinámico, surge así como una nueva frontera: una frontera que tiene que ver más con la cuestión racial y que está determinada por la relación que se establece con el espacio: mientras unos lo “usan”, otros le sirven; mientras los blancos ven al río como el medio para transportar su mercancía y conseguir dinero, los negros y los hombres del banano lo ven como una fuerza viva que puede determinar sus destinos y ante la que humildemente deben rendirse; al que le dan y del que también reciben, como sucedió con la casa de los De Patiño, terratenientes que explotaron a tal punto a sus esclavos que ocasionaron la muerte de doscientos negros y sobre los que, a causa de esto, el río arrojó una maldición que se perpetuó por generaciones (Buitrago, 1976, p.203).

Un río cuyo actuar es tan impredecible como quien, a mi juicio, es el personaje central de la novela: Abia, esa mujer que ostenta más poder que cualquiera otro y en quien parecen confluir los dos mundos. Por un lado, el mundo “bárbaro” e “incivilizado”, que se resiste a sucumbir ante una cultura occidental que le es ajena, y por otro lado, un mundo heredado, impuesto, que la hace, sin que en ello medie su decisión, parte de una clase determinada.

Es en ella en quien confluyen, como en el río y en las Plantaciones, las historias de todos los personajes, llamando sobre todo la atención el hecho nada insignificante de que ella pueda relacionarse *naturalmente* con la gente de las clases inferiores y sostener, al mismo tiempo, estrechas relaciones con sus “iguales”. Abia vive según sus propios preceptos y por eso puede ir descalza, hablar con la boca llena, llorar a gritos cuando no obtiene lo que se propone... hace lo que quiere, cuando quiere, y nadie es capaz de contradecirla o de negarle algo. La novela entera pareciera, por momentos, ser una celebración a Abia, así como es, también (pues casi todo el presente de la obra ocurre durante su fiesta) una celebración del río.

Tanto Abia como el río (aunque parezca, por momentos, que la fuerza de su caudal no depende de la dirección del viento) se ven afectados por el entorno, por el momento histórico de decadencia que se sucede y *los sucede*. Un muelle que, de pronto, se queda vacío, mientras en la lejanía las pequeñas figuras de los hombres del banano se empequeñecen hasta desaparecer por completo: hombres que caminaban pensando “que no volverían o que regresarían ricos y señores de sus amos” en un éxodo que no los conduciría nunca a la tierra prometida (Buitrago, 1976, p. 289). La partida de los trabajadores y la posterior ruina de las Plantaciones de banano, por supuesto, afecta directamente a quienes a su alrededor habían constituido sus vidas, sobre todo porque, lejos de ser un agente externo, son las Plantaciones elementos que permean a las personas y las caracterizan: son su identidad.

Sabemos después, por una carta de Hade, que los hombres del banano regresan cuando ya “no hay banano que explotar ni dinero para pagarles”. “La mayoría de las fincas —escribe Hade— están abandonadas, con carteles «Se Vende». El juego es el mejor negocio, y da mejor resultado instalar un hotel barato, un parqueadero o alquilar trajes de noche a los turistas” (Buitrago, 1976, p.316). Al final, la decadencia de la ciudad, y acaso también del río, es también, sin duda, la decadencia de sus habitantes: una Dalia muriendo (Buitrago, 1976,

p.319), una Abia muy enferma, una Marina de sueños frustrados condenada a ser siempre una forastera, un Fernando arruinado⁴ (Buitrago, 1976, p. 228), una familia Argos intentando a toda costa recuperar la fortuna familiar (Buitrago, 1976, p.339)...

Ahora bien, llama también la atención el que no se precise nunca en qué ciudad se desarrolla la obra. Una mirada cuidadosa podría remitirnos de nuevo a Benítez Rojo (1996) y al concepto que ofrece de “la Isla” que se usa, en este caso, no para referirse a un territorio rodeado de mar, sino a un territorio en el que se da cierta condición de “aislamiento”. En este sentido, más que las fronteras físicas o que el nombre de la ciudad en la que se desarrolla la historia, importa la condición, las diferentes características que la constituyen y que determinan el comportamiento de sus habitantes. Una condición que es el resultado de un proceso histórico de convivencia de múltiples identidades –a causa de fenómenos como el de la Plantación– y que se repite, que podría rastrearse en diferentes momentos y lugares.

La Forastera, de alguna forma, sobrepasa los límites de su propio discurso. Aun siendo periodista, quebranta los márgenes de lo que es válido, lícito desde su código y nos invita a buscar, *si aún existe*, al “anciano manco y ciego que contaba películas a diez centavos acodado en la baranda del dique y sabía las leyes de los animales del monte y manera de cazar un pájaro de bellísimo plumaje azul” (Buitrago, 1976, p.337). Y al invitarnos nos involucra (como ella se involucró antes) activamente dentro de la obra: dice que debemos buscarlo para que nos hable del tiempo en que “el río lo dominaba todo y los hombres del banano se marcharon siguiendo una falaz promesa para regresar luego, cansados, enfermos y hambrientos”, que debemos encontrarlo para verlo escupir tres veces “en señal de protesta” y escucharlo maldecir a ese “grupo de gentes ociosas que se reunía en un café de tercera categoría

y a quienes el pueblo achaca la ruina parcial de la ciudad” (Buitrago, 1976, p.337).

En el anciano, dice, debemos buscar la Historia: en la tradición oral, en donde, por milenios, se ha conservado, de forma dinámica –en una reescritura, en una reapropiación permanente–, la memoria de los pueblos, el conocimiento de los ancestros, aquello que quienes detentan el poder, en sus mezquinos intereses colonizadores, no han logrado erradicar. Dice La Forastera que busquemos al anciano del pueblo para que nos narre la Historia que fue dejada a un lado porque era la Historia de los vencidos: de los hombres del banano que regresan con sus ilusiones perdidas, buscando un trabajo que ya no van a encontrar. Aunque ella, paradójicamente, llega a nosotros desde el código oficial, desde la escritura, en una especie de traducción, de transacción en la que sirve de intermediaria, y lo hace, precisamente, para dar permanencia a lo que, de no ser así, podría perderse, desaparecer como el río; lo hace para que nosotros, tan forasteros como ella, tengamos acceso a un mundo que, de lo contrario, nos sería siempre ajeno.

Así, estas cuatro mujeres escriben historias *matrias* de una Patria que no existe pero que lucha desesperadamente por encontrarse. Historias que posibilitan otras miradas no solo del pasado sino también del presente: de cómo mujeres que han sido marginadas social y culturalmente a lo largo del tiempo hacen uso del código de poder para dar voz a quienes no tienen –ni tendrían, de otra forma– cabida dentro de la *Gran Historia*. De esta forma, *El hostigante verano de los dioses* es una ventana que se abre y por medio de la cual nos es posible conocer aspectos del fenómeno de las bananeras que antes nos eran ajenos. Una ventana que se abre como la leyenda que dice que *en la última calle de la última ciudad termina el mundo. La leyenda [que] da paso a los nuevos dioses y desplaza a los antiguos. [Mientras] el río se retuerce fatigado y amenaza con desbordarse* (Buitrago, 1976, p. 338).

⁴ Aunque la causa de la decadencia de este último parece ser más Abia que cualquiera otra cosa.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Benítez Rojo, A. (1996). *La isla que se repite: el Caribe y la perspectiva posmoderna*. Hanover, New Hampshire: Ediciones del Norte
- Buitrago, F. (1976). *El hostigante verano de los dioses*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Castellanos, R. (2000). La mujer y su imagen. En *Mujer que sabe latín*. México D.F.: Fondo de cultura económica. pp.9-18
- González Echevarría, R. (1998). *Mito y archivo: una teoría de la narrativa latinoamericana*. Fondo de cultura económica: México D.F.
- González y González, L. (1985). Microhistoria y ciencias sociales. *XLV Congreso de Americanistas* celebrado en Bogotá, Colombia, del 1 al 6 de julio.

OTRA BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- González y González, L. (1973). *Invitación a la microhistoria*. México D.F.: Col. Sepsetentas.
- Morgan, D. (1999). Aprender a ser hombre: Problemas y contradicciones de la experiencia masculina. En Carmen Luke, (Comp.). *Feminismos y pedagogías en la vida cotidiana*. Ediciones Morata.